

y modernidad, hecha con rigor crítico, lo que da tan sólida consistencia a personajes como Carande o Caro Baroja. Un libro del primero, *Recuerdos de mi infancia*, nos permite ver sus profundas raíces. Caro, por su parte, nos ha descrito dramáticamente el hundimiento de la vieja sociedad castellana: «Los últimos representantes de la gravedad, del estoicismo hispánico, van muriendo en un ambiente de decadencia y opresión y las nuevas generaciones son flojas y sin carácter (...) Porque todos los valores sobre los que se fundaron han sido removidos»²⁸ y «¡Qué decir de las costas y de las viejas ciudades del Sur, de la Naturaleza mancillada por todas partes!»²⁹. Y la ruina del País Vasco: «¿Frente al pueblo vasco de fines del XIX y comienzos del XX qué es lo que presentamos de positivo? Un pueblo en estado de crisis demográfica, de crisis espiritual, de crisis lingüística, económica, etc.»³⁰ La catástrofe se va consumando a los acordes de una trivial, lamentable, cultura de espectáculo, de ruido y de «movida», charanga y pandereta... La obra de Carande, como la de don Julio, nos restituye un mundo en el que, con todos sus defectos, aún era posible el «habitar poético» en el sentido de Hölderlin. En el que eran posibles los «raros». ¡Cuántos hubo entonces! ¡Y qué calidad! Ese «habitar poético», en una naturaleza respetada, en un mundo urbano cercano y abarcable, debe ser, advierte Caro, preocupación fundamental del hombre del futuro. Algo habrá que hacer para que el «raro» pueda volver a residir entre nosotros.

III

En algunos comentarios a *Galería de raros* parece percibirse, más o menos explícitamente, una cierta diferenciación entre el Carande de *Carlos V y sus banqueros*, el maestro de todos los historiadores de nuestra economía, el más importante, seguramente, entre los historiadores españoles modernos, y el Carande de la *Galería*, humanista, entrañable, cercano, complementario, quizás en un tono menor, del primero. Habría, así, «un otro Ramón Carande». En realidad, y sin pretender comparar estas obras, tan distintas por su contenido, sí hay que señalar, pienso, que ambas son el resultado de una misma forma de entender la historia, de una concepción historiológica sólidamente tradicional y, quizá por lo mismo, extremadamente moderna.

En verdad, son muy diversas las orientaciones que subyacen o fundamentan el trabajo de los historiadores actuales: se presta una creciente atención a la historiografía; asistimos a la disgregación de la historia en disciplinas parciales, en ítems; no obstante, es perceptible el renovado cultivo de la historia nacional periodificada; persiste en muchos historiadores el sentido de la totalidad o de la globalidad de su quehacer; es patente —y no necesariamente contrario a lo anterior— el auge de la perspectiva individualizadora, trátase de hacer de nuevo una historia de o con personas, o de estudiar el acontecimiento; y a la preocupación por la científicación, hay que oponer el retorno de la forma narrativa, del relato, de la descripción; en fin, se presta atención al discurso, al texto histórico, al «enunciante», se cultiva el estilo literario, se profundiza en los

²⁸ J. Caro Baroja: *Los Baroja...* p. 434.

²⁹ *Ibid.*, p. 550.

³⁰ J. Caro Baroja: *Del país...* p. 271.

problemas lingüísticos... La investigación histórica no sólo cubre hoy una inmensa extensión —nada le es ajeno— sino que se manifiesta en una pluralidad de enfoques teóricos de legitimidad indiscutible: ninguno de ellos puede pretender un imposible monopolio. Escribir historia viene a ser así expresión de una libertad que se manifiesta de diversas aunque relacionadas formas. En el establecimiento del objeto de su estudio por el historiador que, libremente, construye la trama, desglosándola del campo inmenso, infinito, de la historia. Libertad también para romper la sumisión al tiempo y al espacio. El historiador puede desvincularse de las unidades de espacio y tiempo, para entregarse por entero y exclusivamente a la trama que construye. La historia adquiere entonces autonomía plena para inventar categorías y encontrar nuevos «items» que le permitirán renovarse permanentemente. Autonomía, también, en cuanto al método. El método de la historia se funda, en último término, en la experiencia, en la riqueza intelectual y vital del historiador, desde la que investiga, selecciona y ordena sus materiales. Libertad, en fin, frente a los míseros condicionamientos de la historia militante, de la historia centrada en fines partidistas, frente al «presentismo». Se recuperan, así, el placer y la curiosidad como impulsos motores de un quehacer histórico que, como dijo Marc Bloch, tiene sus «propios placeres estéticos», entre ellos la cierta «voluptuosidad de aprender cosas singulares». ³¹

Ahora bien, aun siendo cierto lo anterior, no lo es menos, entiendo, que el aspecto más significativo de la historia actual es la existencia como pone de relieve Stone de una crisis de la «historia científica», es decir de aquella que, aun invocando al hombre —o a los hombres— como sujeto o como objeto de la historia, se apoyaba en una creencia fundamental: «Las fuerzas motrices de la sociedad eran las condiciones materiales, tales como la relación variable entre población y subsistencia, los cambios en los medios de producción y los conflictos entre clases». Determinismo económico o demográfico que llevaba consigo la sustitución de la narración por el análisis, mucho más adecuado para organizar y presentar unos datos históricos que, en lo posible, deberían ser de naturaleza cuantitativa. ³² En este sentido, empiezan a ser hoy frecuentes las manifestaciones, no necesariamente opuestas, sino frecuentemente compatibles con un enfoque «globalizador», de una tendencia historiográfica a la individuación, de una vuelta a la historia de o con personas singulares, de un retorno al acontecimiento, de un resurgir de la narrativa histórica, una vez perdida la fe en los modelos deterministas de explicación.

En este sentido, la obra de Carande, trátase de *Carlos V...* o de *Galería...* resulta, hay que repetirlo, ejemplarmente moderna desde su anclaje en la tradición historiográfica. Carande hace historia narrativa. Él mismo lo señala en el párrafo final de la introducción al tomo III de *Carlos V...* al advertirnos que sus maestros pertenecen a otro tiempo y que él adopta el método narrativo y nada más. Y Caro Baroja comenta: «Acaso no haya procedimiento más demoledor para destruir síntesis falsas, teorías ligeras y atrevidas, concepciones falazmente ingeniosas, que el de poner los hechos uno detrás

³¹ M. Bloch: Introducción a la historia. México, 1952; Cfr. G. Thuillier: Sur le plaisir de l'historien. Commentaire. 8 (Hiver, 1979-1980, pp. 303-306).

³² L. Stone: La historia como narrativa. Debats. 4, p. 94.

de otro». ³³ *Galería de raros*, dice Pérez Delgado, no es sino «un relato bajo la especie de historia en biografías», testimonio vivido de un trozo de la historia social de dos generaciones españolas. Don Ramón hace historia con personas. Ya H. Lüthy ha puesto de relieve cómo «La historia económica y social lo mismo que la política no es anónima; más allá de los acontecimientos, de los números y de las curvas están los hombres que actúan y sportan, y sin los que no habrá movimientos en la historia» ³⁴. Carande se referirá a su propensión, dentro de su condición de economista, a escudriñar personajes, incluso rasgos de la vida íntima de éstos ³⁵: cuando nos habla, por ejemplo, del régimen de tesorería de la Hacienda Castellana, da abundantes detalles de la biografía del tesorero Francisco de Vargas... Y así tantas veces. Y de su empatía, hasta de su devoción —dice textualmente— por el gran emperador, nos ha dejado Don Ramón abundantes testimonios, devoción, aclara, «compatible con mi esfuerzo en la tarea de contabilizar sus despilfarros» y que le impide «festejar sin distingos a los comuneros» ³⁶. Don Ramón podría haber dicho, con J.E. Neale, que «siendo los seres humanos la substancia de la historia, no se podrá conocer algo de la naturaleza y del funcionamiento de un grupo humano sino cuando se sepa algo concerniente a los individuos que lo componen».

Toda la obra de don Ramón, de *Carlos V... a Galería...* es, pues, historia. Historia planteada desde un idéntico enfoque, desde un semejante método, podría decirse. Rigurosamente positivista. Y ya va siendo hora de reivindicar el positivismo: con Momigliano hay que señalar que la historia en la época de la educación de masas debe permanecer en lo que era cuando se escribía para un número limitado de adultos, a saber, la información —la historia no puede reemplazar a la religión, la filosofía o la simple moral, indicando a los hombres lo que deben hacer— acerca de nuestro pasado, basada en fuentes ³⁷. Historia narrativa. Historia individualizada, desde la comprensión de sus personajes. Véase la descripción que hace Carande del emperador en las primeras páginas del volumen tercero de *Carlos V...*: «Nos lo imaginamos —escribe— caminando en pos de ensueños caballerescos, pero no siempre vive alejado de la realidad circundante, ni libre de los cálculos interesados. No abandona, ciertamente, la tarea evangelizadora, de sus abuelos maternos en el nuevo mundo, y de las Indias, más que de ningún sitio, saca los recursos que le permitieron realizar en Europa y en el norte de África la misión asumida con el imperio. Fue, sin duda, en sus días el campeón de la unidad de la fe, y le impulsa el anhelo de lograrla, sin estar libre de apetencias domésticas y de ambicioso poderío en el orden terrenal. Cuando —después de calcular el pro y el contra— se cree llamado a acometer una empresa ineludible, se lanza a ella sin que le sujeten los frenos que el recto sentido del cristianismo debería imponerle. Diríase

³³ J. Caro Baroja: Ramón Carande: Carlos V y sus banqueros. Revista de Occidente. 65 (Agosto, 1968), p. 215.

³⁴ Cit. por R. Pillorget: La biografía en Francia, en *II Conversaciones Internacionales de Historia*. Las individualidades en la historia. Pamplona, 1985, pp. 90-91.

³⁵ R. Carande: Carlos V y sus banqueros. La vida económica en Castilla (1516-1556). Segunda edición corregida y aumentada, Madrid, 1965, p. XV.

³⁶ R. Carande: Personas, libros..., p. 99.

³⁷ Cfr. A. Momigliano: L'Histoire à l'âge des idéologies. Le Débat, 23 (enero, 1983), pp. 129-146.

que a sus ojos el fin justifica los medios. La imagen refulgente de los veneros de oro y plata flota ante su retina y la explotación de las minas de metal precioso la lleva a cabo en términos que remorderían la conciencia de misioneros y de varones piadosos. Carlos V se comporta como un poderoso catalizador de banqueros...». De este texto se desprende claramente que el rigor estilístico, la preocupación por la escritura, es aspecto fundamental en la obra de don Ramón, como puso de relieve Valdeavellano. «En su afán de merecer el nombre de Ciencia, la Historia se ha olvidado cada vez más de Tito Livio y de Tácito, o sea de la Historia como obra de arte y, en su justa aspiración al rigor, ha renunciado a su cualidad de género literario, de tal manera que no serán muchas las páginas de los historiadores contemporáneos que merezcan el honor de ser incluidas en las antologías literarias. Sin embargo, nada estorba a la Historia como Ciencia el ser asistida en la exposición del pasado por el talento verbal, hermano de la claridad, por la elegancia en la manera de decir, en suma por la literatura. Y la verdad es que, con muy pocas excepciones, los historiadores verdaderamente grandes han sido a la vez grandes escritores: desde los griegos y los «ilustrados» como Gibbon hasta los románticos y liberales como Michelet, Carlyle y Ranke, o los más modernos, como Renan o Burckhardt, sin olvidar el extraordinario escritor que fue Mommsen (...). Frente a una historia, escrita en «jerga insufrible», plagada de los «términos bárbaros de obras de sociología, en su mayor parte traducidas del angloamericano», recordemos también el *langage de bois* del marxismo. Valdeavellano reivindicaba, pues, el lenguaje correcto, el estilo expresivo, en un momento en que «escribir bien la Historia, cual la escribe Carande, no (estaba) de moda»³⁸. Hoy vuelve a estarlo. También en este punto, don Ramón sintoniza desde el clasicismo con las más recientes orientaciones historiográficas.

Antonio Morales Moya

³⁸ Cfr. Luis G. de Valdeavellano: El otro don Ramón Carande. *Insula*, 263 (octubre, 1968), pp. 1-3.

